

FILMS de AMOR

EL BLANCO QUE HACÍA DE NEGRO



Num.
233

Ctms.
25

EVELYN BRENT - GEORGE ABOTT

Propaganda

PRIMERA PARTE

Hacía ya más de una hora que los potentes reflectores y focos de los teatros se habían ido extinguiendo, cuando un hombre se acercó a un policía y le preguntó:

—¿Dónde puede un ciudadano sediento obtener una botella de "whisky" guardia?

El que hacía aquella pregunta era Jorge Moran, un muchacho joven y cuyo aspecto serio, hacía en él más extraña la pregunta.

El policía se le quedó mirando fijamente, y creyendo que trataba de burlarse de él le respondió, también con aire burlón:

—¡Qué gracioso! Debería usted dedicarse al teatro.

—Al teatro me dedico—respondió Moran, sin inmutarse por la forma en que le respondió el policía. Y para darle a entender que no bromeaba al hacerle aquella pregunta y que tampoco buscaba el lugar donde expendieran alcohol para consumirlo él mismo, siguió diciéndole:

—Me dedico al teatro y cuando mi compañero no se emborracha, ambos hacemos de negros.

—Pues si no quiere que yo los tome por "blancos"—respondió en tono amenazador el guardia—siga su camino y no haga preguntas impertinentes. ¿Me entiende?

Ante tal actitud, el bueno de Moran se apresuró a buscar por otros medios a su amigo y compañero, al cual suponía en alguno de los tugurios de la ciudad, tratando de ahogar en el "whisky" las perfidias de que le hacía víctima la bella Betty, una corista compañera de farándula y mujer tan caprichosa, como aprovechada.

Buscando y buscando, el blanco que hacía de negro no tardó en dar con Cassey, el compañero a quien buscaba, el cual se encontraba en lamentable estado de embriaguez.

Desde hacía tiempo los dos hombres habían trabajado juntos y uno sentía por el otro un verdadero afecto, el cual no pudo alejar las engañosas frases de amor, ni las insidias de Betty. Moran intentó llevarse a su amigo del lugar donde estaba, pero el otro se opuso tenazmente a ello, diciéndole:

—Déjate de tonterías, Moran. Prueba a beber una copa conmigo y sabrás lo que es la alegría de la vida.

Pero Moran, en vez de aceptar la invita-

ción de Cassey, le reprochó su manera de ser, diciéndole finalmente:

—Si sigues bebiendo estamos perdidos, Cassey.

—Más perdidos estamos si no bebemos—respondió Cassey—. Hay que olvidar las infidelidades del amor.

Comprendió Moran que su amigo debía haber tenido algún disgusto con la mala compañera y queriéndolo llevar al camino de la razón, le dijo:

—Esa mujer va a ser causa de tu ruina y la mía, Cassey. Por culpa de ella nuestro número fracasará. Nos va a buscar la ruina.

—Pues de ruina en ruina—exclamó tambaleándose Cassey—echemos un trago a ver si cambia la suerte.

Moran, empeñado a toda costa en llevarse a su amigo del café en que estaba, siguió convenciéndolo para que se fuese con él, pero Cassey, con esa pesadez propia de los borrachos, se negó a ello, cada vez con más firmeza, y no solamente desoía el consejo leal de su compañero, sino que continuó bebiendo.

Moran, en vista que nada alcanzaba de su amigo, quedó pensativo dándose cuenta de que la actitud de Cassey, no solamente perjudicaba a él, sino que incluso deshacía para siempre el número que los dos formaban. Por otra parte los últimos tiempos no habían sido muy pródigos y Moran hizo mentalmen-

te el recuento de su activo y pudo comprobar que el único capital que tenía era el que llevaba en aquel instante en el bolsillo y que consistía en cuatro miserables dólares. Sin dinero y viendo que le era imposible cumplir su compromiso con el teatro, Moran entró en la sala de billares y decidió jugar sus últimos recursos a una carambola. La suerte le fué favorable en aquel instante y Moran ganó unos cuantos dólares más, pero no los suficientes para hacer frente al compromiso que había adquirido con el empresario del teatro. Ante el aspecto de preocupación que ofrecía Moran, uno de los empleados del café se acercó a él, atraído, por no se sabe qué curiosidad, y le dijo:

—¿Ha perdido usted mucho?

—Al contrario — respondió Moran, contagiado por la misma simpatía que había inspirado al dependiente—, he ganado unos cuantos dólares.

—¿Ha ganado y todavía está usted disgustado? — preguntó sonriendo el dependiente.

—Claro — siguió diciéndole Moran—, porque lo que he ganado no me es suficiente para hacer frente a un pago qué tengo que hacer.

—¿Se trata de mucho? — preguntó el dependiente.

—No sé hasta qué punto serán las exigencias de Truny — respondió Moran.

—¿Ha dicho usted Truny?... ¿Truny el empresario?

—El mismo. ¿Lo conoce usted?

—Claro que lo conozco — respondió el dependiente—. Yo he trabajado en su teatro, cuando aun era uno de los artistas de fama. Hacía de negro.

—¡Como yo! — exclamó animadamente Moran.

—Entonces — siguió diciéndole el dependiente— podíamos unirnos y hacer un número. Tengo verdaderos deseos de volver al teatro. Salí de él por una mala mujer y me gustaría volver a donde tantos éxitos alcancé.

—Pero lo malo es que carecemos de dinero para el teatro — replicó desalentado Moran.

—Eso es lo peor — replicó Charlie, que así se llamaba el dependiente—, pero creo que podré encontrarlo.

—¿Dónde? — preguntó ansiosamente Moran.

—Se trata de dejarnos explotar por una pequeña temporada. Conozco a un judío que se llama Irving, y éste, que entiende más de negocios que de arte, no creo que tenga in-

conveniente en servirnos de apoderado. Si usted quiere mañana mismo lo veré.

—Ya lo creo que lo quiero. Mañana mismo podemos empezar a ensayar.

Se estrecharon las manos en señal de asentimiento y conformidad y al día siguiente, los dos nuevos amigos, empezaron a ensayar un número que ellos denominaron "Los dos cuervos".

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

YA ESTÁ A LA VENTA

PAGADA

Obra de gran interés y emoción

**104 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA**

SEGUNDA PARTE

Terminados los ensayos y presentado el número al judío, éste vió en aquellos muchachos un filón a explotar y no tuvo inconveniente en protegerlos, aunque desde luego, cobrando una buena comisión. Casualmente el empresario de uno de los principales teatros era, no solamente íntimo amigo suyo, sino que además era también judío. A él acudió Irving y le dijo:

—Vengo a ofrecerte un buen negocio.

—¿Un buen negocio, tú? —respondió el otro judío desconfiado, por experiencia, de su hermano de raza—. ¿Y cómo no lo explotas tú mismo?

—Porque yo no soy empresario — declaró Irving—. Se trata de un número incomparable, “Los dos cuervos”. ¡Algo verdaderamente sensacional!

El empresario meditó un instante y siguiendo con la misma desconfianza que al principio, le contestó al fin:



Y terminado el ensayo...

—No puedo meter cuervos en el escenario.

—Pero no seas niño, hombre — trató de convencerlo Irving—. Son dos muchachos que trabajan admirablemente y que actuarán por muy poco dinero.

Como buen judío, el empresario vió en aquel asunto un negocio que, por poco dinero, podría rendirle grandes ganancias si el número llegaba a euajar y después de hacer sus cálculos, respondió:

—Ya sabes Irving que eres un buen amigo

mío. Nada de lo que tú me pidas puedo negarte y toda vez que tú te interesas por esos muchachos, tráelos y los haré debutar.

—Ya verás, ya verás cómo me lo agradeces — replicó Irving, despidiéndose de su amigo.

Irving, en aquella ocasión, no fué tacaño y supo gastarse el dinero en propaganda para presentar a sus representados con todos los honores. A veces el mismo empresario se extrañaba de que su amigo gastase de aquella forma el dinero y se lo advirtió diciéndole:

—Me parece que vas por mal camino Irving.

—¿Por qué lo dices? — preguntaba burlonamente el judío.

—Porque veo que te estás gastando en esos muchachos lo que nunca podrás recoger.

—Ya te dije que los quería proteger—respondió el judío—. Y cuando yo hago una cosa, o la hago bien; o no me meto en ella.

El empresario, a quien después de todo, aquella propaganda beneficiaba, no insistió y esperó a que llegase la noche del debut.

El teatro estaba atestado de público. Representábase por aquel entonces una revista que había tenido mucho éxito y esto, unido al atractivo del nuevo número que debutaba, había hecho que en taquilla se pusiese el anhelado cartelito de "Vendidas todas las localidades".

Empezó la representación y los números de la revista fueron sucediéndose sin que nada anormal sucediese. Se les aplaudía un poco y así iban desfilando por el escenario todo el ramillete de caras bonitas que formaban el conjunto de la compañía hasta que les llegó el turno a Charlie y a Moran.

En el patio de butacas se sintió ese murmullo que precede siempre al número fuerte del programa y los dos amigos se dieron cuenta de la espectación que existía por verlos trabajar.

—Tenemos que derrochar todo nuestro arte esta noche, si queremos vencer—le dijo Moran a su compañero.

—Ya me he dado cuenta del estado del público—respondió el otro.

El avisador les indicó que había llegado el momento de actuar y Charlie y Moran se precipitaron al escenario.

Habilmente caracterizados de negros dieron comienzo a su trabajo, con una de esos bailes exóticos, que tanto han popularizado los pertenecientes a la raza negra.

Al terminar el baile muchos aplausos premiaron la labor de los artistas, aunque el triunfo no fué todo lo clamoroso que ellos esperaban.

—Tenemos que hacer el baile del boxeo—le dijo Moran a su amigo—. Estoy seguro de que en él se entregará el público.

Ante los aplausos del auditorio volvieron a salir e interpretaron aquel baile que había dicho Moran y que era una parodia graciosísima del boxeo. Aquí fué donde el público se entregó por completo y una salva unánime de aplausos premió la labor de los artistas que quedaron consagrados en la misma noche de su debut.

Desde aquel instante ante ellos se abría un horizonte nuevo. Ya no tenían qué temer al porvenir, puesto que el porvenir se les presentaba diáfano y prometedor.

BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

TERCERA PARTE

Pasaron los meses y "Los dos cuervos" llegaron al apogeo de su carrera artística. Ganaban el dinero que querían y en vez de malgastarlo en francachelas y locuras fueron ahorrando, con el fin exclusivo de reunir un capital, con el cual adquirir un teatro en la vía Blanca de Nueva York, donde poder ellos actuar libremente, sin verse ligados a las exigencias de un contrato, ni a los caprichos de un empresario.

El capital amontonado por ventajosos contratos había hecho de ellos y de Irving tres verdaderos capitalistas y cada uno de ellos se sentía deudor ante los otros dos, por la buena suerte de que gozaba. Estrechamente unidos por el triple lazo de la amistad, del arte y de los intereses, jamás hubo entre ellos la más insignificante desavenencia y hermanados en cuerpo y alma, aquellos tres hombres parecían tres cuerpos distintos y un solo cerebro a pensar y un solo corazón a querer.

Y como todo llega en el mundo, también llegó para los tres amigos el día dichoso en que pudieron verse dueños del ansiado teatro.

La suerte no les dejaba de la mano y de simples artistas habían pasado, no solamente a empresarios, sino que también dueños de uno de los teatros más aristocráticos de la capital. Sus nombres empezaban ya a cotizarse en el mundo artístico como tres firmas de reconocido crédito y las revistas por ellos presentadas llevaban siempre, no solamente un timbre de riqueza, sino que también el de la originalidad, que hacía que cada representación fuese un éxito más.

En esta clara y diáfana situación, una tarde, en ocasión en que estaban ensayando, Moran recibió la visita de Betty, la antigua compañera de farándula, cuyas perfidias habían sido causa de la ruina de tantos hombres. Al verla Moran sintió renacer contra ella todo el odio que sentía por aquella mujer y le dijo enérgicamente:

—¿Quéquieres? ¿A qué has venido aquí?

Betty, consumada maestra en el arte de fingir, se echó a llorar amargamente y le respondió:

—Moran, sé que tienes razón al creerme mala, pero yo te juro que no lo soy. He sido muy desgraciada desde que me separé de vuestro lado. Si me he decidido a venir es

porque ya no puedo más. Me es imposible seguir viviendo así.

—¿Quieres dinero? —le preguntó Moran.

Ella siguió llorando y ante aquella actitud desconsoladora, Moran se dejó llevar por sus buenos sentimientos y le dijo:

—No llores más, mujer, y di de una vez qué es lo que te pasa.

—Hace dos días que no como —exclamó ella—. Y he venido a pedirte que me des trabajo. Sé que eres bueno y que nada de lo pasado hará que tú me abandones en esta situación. Acuérdate que hemos sido compañeros, que juntos hemos luchado por la gloria. Tú has vencido, pero yo... ya ves en que estoy me encuentro.

Moran luchaba consigo mismo. Se acordaba de lo que había sido aquella mujer y esto le impedía dejarse dominar por completo por su piedad. Mas por otro lado, el rostro bellísimo de Betty, inundado de lágrimas, hacían en él más efecto que sus recuerdos y terminó diciéndole:

—Está bien. Te quedarás en la compañía de corista. Yo procuraré que nada te falte.

—Gracias, Moran —exclamó ella, intentando besarle la mano, que él retiró rápidamente.

La entrada de Betty en la compañía no vió a alterar en nada la vida de los tres amigos, pero pasadas unas semanas, la sirena empezó su fascinación, eligiendo por víctima al

mismo Morán. Sabía que la única forma de conquistarla era precisamente fingiendo una gran bondad y Betty supo dar a su aspecto de ingenua toda la fuerza, para hacer que Moran quedase prendido en la red de sus encantos.

Ella se daba cuenta del terreno que iba ganando en el corazón de su antiguo compañero y esperaba ansiosa el momento en que él le declarase su amor.

No se hizo esto esperar muchos días, puesto que una noche, al terminar la función, le dijo a ella:

—Betty, ¿me permites que esta noche te acompañe a tu casa?

—Puedes hacerlo—respondió ella sonriéndole deliciosamente.

—Entonces espéreme en la puerta del escenario, dentro de mi coche. iremos a cenar juntos.

Media hora después los dos jóvenes se hallaban solos cenando y Moran le dijo:

—¿Sabes por qué quería estar solo contigo esta noche?

—No me lo he podido explicar todavía—respondió con fingida timidez ella.

—Pues para decirte que te amo, Betty. Siempre creí que lo que sentía por ti era odio, pero me he convencido de que es amor. Te amo como a nada en la vida...

La joven guardó silencio, como si no se



—¿Quieres que te acompañe a casa?

atreviése a expresar su sentimiento y Moran le preguntó ansiosamente:

—¿No me contestas nada?

—¿Qué quieres que te conteste, Moran?— respondió ella—. Yo también te amo, pero este amor es imposible. Tú estas muy alto y yo muy baja. Tenemos que renunciar a este amor.

—¿Qué importa el lugar que yo ocupe, si haciéndote mi esposa puedo elevarte a él?—

exclamó con vehemencia Moran—. ¿Esta es tu única objeción?

—Hay otra—respondió ella—. Tus amigos no verían con buenos ojos esta unión nuestra.

—¿Por qué?—preguntó él.

—Por nada, pero es un presentimiento mío—indicó ella.

—No temas—le dijo Moran—. Los dos me quieren y cuando sepan que tu amor es para mí la felicidad, los dos se sentirán dichosos de poder asistir a nuestra unión. Dime que sí, que aceptas mi proposición.

Y Betty, llevando todo su arte de coqueta al máximo, reclinó dulcemente la cabeza sobre el hombro de Moran y le ofreció sus labios tentadores, donde Moran, por primera vez en su vida saboreó un beso de amor.

CUARTA PARTE

A partir de aquella noche cambió por completo la conducta de Moran. Ya no era el hombre previsor de antaño, rehuía la compañía de sus amigos y se pasaba las horas en los brazos de Betty, que cada día lo tenía más cogido entre las mallas seductoras de su refinada coquetería.

Irving fué el primero que se dió cuenta del peligro que corría su amigo y le dijo a Charlie:

—Me parece que Moran va por mal camino.

—¿Por qué lo dices?—preguntó Charlie.

—Esa mujer lo está volviendo loco. Se gasta con ella un dineral, sin darse cuenta de que Betty no le quiere.

—No te preocupes—respondió Charlie—. Yo hablaré con Moran y tengo la seguridad de que lo convenceré.

En efecto, aquel mismo día le dijo a su compañero:

—Moran, esto hay que terminarlo.

—¿Qué es lo que hay que terminar?—preguntó Moran.

—Lo tuyo con Betty—volvió a decirle su amigo—. Esa mujer es un peligro para ti.

Moran se echó a reír y respondió:

—¿Me crees tan niño que necesite tus consejos? Amo a Betty y ella me ama; por nada del mundo nos separaremos.

—¡Esa mujer será tu ruina! — exclamó Charlie—. No vale la pena que te intereses por ella.

—¡Te prohíbo!... ¿Lo oyes bien?... ¡Te prohíbo que te inmiscuyas en mis asuntos particulares!

Y sin querer oír más los consejos de su compañero, salió del teatro y se fué en busca de Betty.

Esta, al ver reunidos a Moran y a Charlie, pensó que algo se tramaba contra ella y procuró escuchar tras la puerta la conversación de los dos amigos. Por lo mismo, cuando Moran la encontró momentos después, advirtió en ella cierta tristeza y se apresuró a preguntarle:

—¿Qué te ocurre?

—Nada—respondió ella—. No debo decírtelo.

—¿Por qué?—preguntó Moran, cada vez más intrigado—. ¿Te ha sucedido algo?

—Ya te digo que no debo decírtelo; pero estoy triste, porque tenemos que separarnos.

—Que tenemos que separarnos, ¿por qué? —inquirió nerviosamente Moran.

—Porque no quiero que por culpa mía tengas ningún disgusto con tus amigos.

—¿Qué te han dicho?—preguntó excitado Moran.

—No me han dicho nada, pero estoy segura de que Charlie está enamorado de mí. Me lo ha dado a entender varias veces con la mirada y lo mejor es que yo desaparezca para que sigáis sienda buenos amigos.

—¡Yo no consentiré eso!—exclamó Moran.

—Yo te amo y nadie podrá robarme tu amor. —Es verdad—exclamó ella a su vez, arrojándose en sus brazos—. Mi amor es tan grande, que nadie podrá robártelo. Te amaré toda mi vida.

—Pues entonces, olvida eso. Ya hablaré yo con Charlie y le convenceré de que solamente a mí amas.

Y los dos amantes, olvidando en aquel momento todo, se entregaron a su idilio, sin que Moran pudiese sospechar la perfidia de aquella mujer, que lo había convertido en un simple muñeco.

Después de aquella escena que había tenido con Charlie, la amistad de Moran por su amigo pareció enfriarse y Betty se cuidó de alucinarlo todavía más, haciendo que Moran le regalase joyas y trajes, con que poder triun-

far de todas las demás coristas que trabajaban con ella.

Entre estas se sabía que Betty era la amante de Moran y las insidias y palabras intencionadas no cesaban, poniendo en el teatro una atmósfera de indisciplina que Charlie se dispuso a cortar por lo sano.

Para ello pensó que lo mejor era despedir a Betty, alejarla del lado de su amigo y una noche al terminar la representación le dijo a la artista:

—Puede usted buscarse teatro, señorita.

—¿Por qué? — preguntó desearadamente Betty.

—Porque mañana será la última noche que actuará usted en éste.

—¿Me echa usted?

—Sí—respondió Charlie—. La despido. Se le abonará el total de la semana y procure no poner más los pies en este escenario.

—Está bien—exclamó ella—. No crea que voy a mendigarle un puesto en su compañía. Ya habrá quien se lo exija con tantas atribuciones como usted.

—Hemos terminado—exclamé Charlie, deseando acabar cuanto antes aquella entrevista—. Salga usted de aquí.

Betty, sin inmutarse, salió del teatro y aquella misma noche le dijo a Moran lo que le ocurría. Pero no fué solamente a Moran al que Betty le comunicó su despido, sino

que también lo hizo a su amante, al verdadero y para quien sacaba todo el dinero que podía del iluso artista.

—Pues la hemos hecho buena—exclamó el amante de Betty, uno de esos individuos del hampa, cuya única misión es la de explotar su físico en provecho propio—. Era un bonito negocio este de tus amores con ese Moran.

—Pues me parece que la cosa anda mal—le dijo Betty—. Si Moran no logra arreglarlo, desde mañana quedare despedida. Después de todo, me alegro.

—¿Por qué? — preguntó extrañado el amante.

—Porque ese Moran se me hace insoportable. Tengo que aguantar todas sus ridículas amoroñas y ya me iba cargando.

—Podemos hacer otra cosa—le propuso el amante.

—El qué?—preguntó Betty.

—Sacarle hasta el último dólar que tenga ese tonto.

—¿Crees que tendrá más de lo que me ha dado?—preguntó sonriendo ella.

—Siempre se tienen algunos billetes cuando se dispone de un negocio como el suyo. Mañana noche yo iré a esperarte a la salida del teatro y tú le traes aquí. De lo demás ya me encargaré yo.

Y de acuerdo los dos amantes del plan a

seguir, esperaron que llegase el día siguiente para ponerlo en práctica.

A la noche siguiente, Moran estaba decidido a acabar de una vez con Charlie, si este no rectificaba la orden dada a Betty y antes de terminar la representación, le dijo a ella:

—Espérame en la puerta del escenario. Yo hablaré ahora con Charlie, para ver lo que ha pasado.

Tan pronto como terminó la representación, Moran se dirigió en busca de Charlie, a quien le dijo:

—¿Por qué has despedido a Betty?

—Porque no quiero que siga jugando contigo por más tiempo.

—¿No sabes que esa mujer me ama?—exclamó nerviosamente Moran.

—Te engaña — le respondió Charlie—. Esa mujer lo único que quiere es robarte.

—¡Ni me engaña, ni me roba!—exclamó fuera de sí Moran—. Lo que ocurre es que tú laquieres para ti.

—No seas loco, Moran—exclamó Charlie.

—Sé razonable y no te ciegues. Todo lo que te digo es por tu bien. Mira si te querrá que todas las joyas que le has regalado ya las tiene empeñadas.

—¡Eso es una calumnia!—exclamó, sin poder creer las palabras de su amigo.

—Será calumnia, pero lo cierto es que las joyas están en la casa de empeño.



"I guess that will shut him up."

Recibió un golpe en la cabeza.

—¿Estás decidido, entonces, a que Betty salga del teatro?—preguntó finalmente Moran.

—Lo estoy decidido por tu bien. Betty no continuará aquí un día más y ojalá que nunca hubiera entrado.

—Pues si Betty se va, yo me voy con ella—terminó diciendo Moran, a la vez que salía del despacho de su amigo, quien para calmárselo salió tras él, siguiéndolo hasta la puerta de la calle donde lo esperaba Betty.

—No seas loco, Moran—continuaba diciéndole Charlie, cuando de pronto sintió que le daban un golpe en la cabeza. Perdió el conocimiento y cayó al suelo, sin poder precisar quien era su agresor.

—¡Pronto!—exclamó el amante de Betty, que había sido el que le había dado el golpe a Charlie.

La muchacha tomó por un brazo a Moran y sin darle tiempo a detenerse para ver lo que le había ocurrido a su amigo, se lo llevó dentro del auto y de allí a su casa. Sin embargo, las palabras de Charlie habían producido cierta duda en el ánimo de Moran, se acordó de lo que aquella mujer había sido y para ponerla a prueba le dijo:

—Me he portado mal con Charlie. Parte del dinero que me he gastado contigo era también de él. Es necesario que vendamos algunas de las joyas que te di para pagarle.

—¿Vender mis joyas?—exclamó irritada ella—. Mira si puedes buscar dinero por otra parte, que lo que es las joyas están en buenas manos.

—Pero si el dinero no era mío—exclamó Moran, dándose cuenta de la clase de mujer que era Betty.

Betty, temiendo que se le escapase su víctima intentó seducirlo nuevamente con sus mimos y caricias. Se abrazó a él y le dijo:

—¿Acaso no tienes otra cosa en qué pen-



—Ya sé cuánto quería saber...

sar cuando estás a mi lado, que en el dinero y en tu amigo? Yo quiero que cuando estés conmigo no pienses más que en mí, en nuestro amor.

Pero en aquella ocasión las argucias femeninas de Betty no daban el resultado apetecido. Moran, casi seguro de que aquella mujer no le amaba, siguió diciéndole:

—Antes que nada hemos de pensar en Charlie, Betty.

—¿Crees acaso que él piensa en ti?

—Sí — respondió Moran—. Estoy seguro de que si él se encontrase en mi caso lo haría, por encima de todo.

Betty se echó a reir burlonamente y su risa sarcástica exasperó a Moran, que le dijo:

—¿Por qué te ríes así, cuando hablo de mi mejor amigo?

—¿De tu mejor amigo? ¡Pero que tontos sois los hombres! Charlie no ha sido nunca tu mejor amigo. ¿Crees que un buen amigo puede hacerle el amor a la mujer que el otro ama? Si fuera tu mejor amigo no me hubiera asediado continuamente.

—No te creo—exclamó Moran—. No puedo creerte. Todo lo que dices ahora y todo cuánto has hecho ha sido solamente por separarme de Charlie.

—¿Y qué empeño podía tener yo en ello? — respondió con afectada ingenuidad Betty. — Bien sabes que solamente te amo a ti.

Ante la desfachatez de aquella mujer, que tan livianamente jugaba con el corazón de los hombres, Moran no pudo contenerse más tiempo y exclamó:

—Tú no eres capaz de amarme, ni de amar a nadie. Toda tu vida ha sido una continua mentira. ¡Me has engañado a mí, como engañaste a los otros!

—¿Por qué dices eso? — preguntó ella. — Porque he llegado a comprender tu ver-

dadera intención. Me viste con dinero y solamente eso ha sido el motivo por el que me has estado fingiendo amor. ¿Quieres darme una prueba de que verdaderamente me amas? ¿Estás dispuesta a hacer lo que yo te diga?

—Proponlo y veré si me conviene — respondió ella con gran cinismo.

—Pues bien. Si es cierto todo ese amor que dices tenerme, devuélveme las joyas que te he entregado. Con ellas podré recuperar el dinero que necesito, el que me he gastado contigo, sin ser mío, sino de Charlie. No quiero aparecer ante él como un ladrón vulgar que ha abusado de su confianza.

Betty calló un instante como buscando el medio de eludir la respuesta y Moran volvió a insistir preguntándole:

—¿Qué piensas?... ¿Por qué no me contestas? ¿No comprendes que he robado ese dinero?

—¿Y qué me importa a mí? Tuyo o no, las joyas están en mi poder y no las entregaré. puedes avisar a la policía, el que saldrá perdiendo serás tú, por haber hecho uso de un dinero que se te había confiado.

Las últimas palabras de Betty dieron fin con la paciencia de Moran, quien la dijo:

—¡Ya sé cuánto quería saber, mala mujer! Charlie tenía razón en decirme que serías mi perdición, pero afortunadamente él

ha velado por mí y me ha abierto los ojos antes de que me perdiera por completo. ¡Quédate aquí y no vuelvas a acordarte más de que yo existo!

Y rápidamente, para no dar tiempo a que ella pudiera convencerlo con sus malas artes, corrió a casa de su amigo, a quien no sabía herido.

Sin embargo, la herida de Charlie era más importante que lo que parecía a simple vista. En la casa de socorro donde fué llevado resultaron inútiles todos los esfuerzos que hacían los facultativos para hacerle recobrar el conocimiento y Moran, al darse cuenta de que todo había sido por causa suya, se hallaba desesperado. Su propia vida hubiera dado en aquel instante por salvar la del amigo que tan bien se había portado con él y miraba ansiosamente a los médicos, esperando que Charlie se reanimara.

Uno de los facultativos se volvió hacia él y le dijo:

— Es necesario que hagamos recobrar el conocimiento a su compañero. ¿Sabe usted de alguna persona cuya presencia pueda influir en él, y qué le hable?



"Someone call a doctor - quick!"

Segura sir recobrar el conocimiento.

— Probaré yo—respondió Moran, sabiendo el afecto que Charlie tenía hacia él.

Se acercó al oído de su amigo y pronunció la frase que siempre tenían ellos por costumbre al empezar un negocio y que era:

“A quién madruga...”

El enfermo abrió paulatinamente los ojos y al ver a su amigo, exclamó:

— ¿Eres tú, Moran?

— Sí, yo, que he venido para no separarme

más de tu compañía. ¿Quieres darme un abrazo?

—Sí, hombre, sí—exclamó Charlie, ofreciéndole los brazos.

Y así acabó la única historia amorosa que tuvo el blaneo que hacía de negro. Los “dos cuervos” volvían otra vez a estar juntos, sin que la menor sombra de duda pudiera ya enturbiar la verdadera amistad que los unía para toda la vida.

FIN



Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Maurice Chevalier

sólo las encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
104 Páginas de texto-UNA peseta

EL TENIENTE SEDUCTOR M. Chevalier
EL DESFILE DEL AMOR *
SU NOCHE DE BODAS I. Argentina
LO MEJOR ES REIR *

Selección BIBLIOTECA FILMS 50 ets.
EL AMOR SOLFERINO I. Argentina

Selección FILMS DE AMOR 50 ets.
CINÓPOLIS I. Argentina

FILMS DE AMOR 25 ets.
LA CANCIÓN DE PARÍS M. Chevalier

EL CLIENTE SEDUCTOR

sketch por Imperio Argentina y Maurice Chevalier
Precio: **30** cts.

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona